

CRÓNICAS DE VIAJES

EL ÚLTIMO EUNUCO Y LA BELLA DE HUE

A José María
Guelbenzu, que un día
me preguntó si
escribía impresiones de
mis
viajes.

Esa cosa repelente era el último eunuco de Vietnam. La información me dio la curiosidad suficiente para dejar a un lado mi primer asco y volver a mirarlo. Su extrema delgadez era impresionante, prácticamente una calavera, nunca había visto algo parecido, el pergamino amarillento de su piel permitía distinguir las finas venas que discurrían por las ondulaciones del cráneo. También reparé en las salientes óseas alrededor de la cavidad de los ojos y en su frágil mandíbula algo desprendida. Unos cuantos y larguísimos cabellos salpicaban su rostro. En eso levantó la cara y me sorprendió observándole. Pestañeeé sin saber qué hacer, esa momia viviente me sonrió. Pocas veces he encontrado una sonrisa más amable y unos ojos más vivos. Respondí al gesto lo mejor que pude, quizás él estaría acostumbrado a ser objeto de miradas indiscretas, me justifiqué.

Estaba detrás de un mostrador vendiendo postales. Con un gentil movimiento levantó una de ellas y me la ofreció. El horror que me había producido al comienzo se desvaneció, di los pocos pasos que me separaban de él y de nuevo me acogió la sonrisa benevolente de ese pequeño anciano que todavía mantenía erguida su osamenta. Le faltaban los dientes delanteros, las otras piezas estaban incrustadas en plata y oro.

“Plis, ten fol uán dola”, me dijo extendiéndome con elegancia diez postales. Al darle el dólar agradeció bajando respetuosamente su cabeza.

Con esos mismos gestos habría servido en la Ciudad Prohibida a Bao Dai hasta su derrocamiento en 1945. Su familia lo habría entregado de niño para ser castrado y servir en donde sólo el rey, sus mujeres y sus eunucos podían entrar.

Al huir Bao Dai habría visto el decaimiento de la Ciudadela Imperial con su enclave, la Ciudad Prohibida. Sin embargo los presidentes títeres de Francia mantuvieron la burocracia y de algún modo mi amigo el eunuco habría conseguido servir en casa de algún jerarca o de algún militar francés acantonado en esa ciudad.

También a ellos los vio partir aterrorizados en mayo de 1954 al oír la derrota francesa en Dien Bien Phu y, claro, nuevamente mi amigo se quedó solo en medio de un mundo incomprensible.

La ciudad de Hue no tardó en volver a ser importante aunque por otras razones: los americanos la consideraron clave en su estrategia ya que por allí pasaban los avituallamientos militares que llegaban al cercano puerto de Danang. Cruzaban por Hue los convoyes que seguían la carretera número uno o los que remontaban en barcazas el río Perfume. Esta nueva situación hizo desarrollar otra jerarquía títere vietnamita que serviría a sus nuevos amos y los ayudaría a defenderse de los ataques guerrilleros. Mi amigo el eunuco debió haber servido con eficiencia a algún funcionario vietnamita o quizá fue un militar estadounidense el que lo contrató.

En esos años debió haber visto cómo las guerrillas del Vietcom atacaban esporádicamente la ciudad y se infiltraban en los diferentes estratos de la sociedad. La guerrilla tenía que controlar Hue antes de ir a tomar Danang y paralizar al invasor. Mi amigo eunuco vio todo eso y supo callar, tal como calló y aceptó la cruel castidad que le impusieron.

En el tiempo de la ocupación estadounidense, mi amigo ya era mayor y vivir fuera de un harén le habría mostrado costumbres de las gentes, tales como el deseo de la carne y su satisfacción. Debe haber sido ese contacto con la población la que le permitió valorar en toda su dimensión la pérdida de su virilidad y entristecerse más de una vez por ello. Por eso cuando en 1968 llegó la precursora ofensiva del Tet y el

Vietcom asesinó en pocas horas a tres mil funcionarios en Hue, mi ya viejo amigo sentiría en medio de su desamparo cierta satisfacción.

Luego retomarían la plaza los americanos con otros lacayos, y el eunuco conseguiría servir en casa de alguno de ellos pero ya no por mucho tiempo: en 1975 los lacayos e invasores salieron desesperados ante el ataque definitivo del Vietcom y, como las carreteras estaban cortadas, cientos murieron perdidos en las montañas que daban al mar.

Mi amigo, el eunuco, debió ser feliz al ver ondear la bandera de la reunificación vietnamita por todo Hue. Alguien por fin lo había vengado, aunque no pudiese recuperar ni su virilidad ni su juventud. Peor aún, tendría que defenderse para que la revolución lo considerase una víctima y no un cómplice ni lacayo de los invasores extranjeros. Tuvo suerte, no fue purgado como los miles de habitantes de Hue, más bien consiguió que le dieran un medio para ganarse la vida: le encargaron el puesto de venta de recuerdos y postales de la tumba de Tu Duc, aquel emperador que reinó 35 años hasta su muerte en 1883 y que tampoco tuvo hijos pero, buscando a una mujer que pudiese darle herederos, llegó a tener ciento cuatro concubinas.

Con gestos le pedí permiso para tomarme una foto con él. Me respondió con tal gentileza que parecía que fuese yo quien le hacía el favor. Pasé atrás del mostrador para acercarme a ese esqueleto tan amable. Elisabeth dijo que me juntase más. Lo hice. No sentí olor alguno, ni calor humano. Sólo un ligero estremecimiento me recorrió el cuerpo cuando al momento de la fotografía rocé apenas su huesudo brazo que se balanceaba como piezas de cristal.

Le extendí la mano al despedirme. Él no correspondió la oferta, se limitó a sonreír y levantar su pulgar hacía arriba -como hacen a los pilotos americanos antes de despegar- deseándome suerte.

*

Visitamos otras tumbas imperiales antes de regresar al centro de Hue, caía la tarde y el calor iba cediendo. Los arrozales se alternaban con plantaciones de cacahuets, piñas, plátanos. La guía indicó que pasaríamos cerca de una pagoda mandada construir hacía doscientos años por un importante eunuco con el fin de que los monjes rezasen por

él y los demás eunucos ya que al no tener hijos no había quien guardase sus memorias, tal como hacían el resto de los vietnamitas a sus ascendientes.

Nos interesamos en conocer esa pagoda y la guía aceptó. Luego de rociarnos con el repelente de mosquitos que llevábamos, dejamos el coche para caminar un kilómetro por un sendero de tierra rojiza enmarcado por altas hierbas. Era un camino solitario, a lo lejos se veía uno que otro campesino con la espalda quebrada sembrando arroz y unos búfalos de agua pastando.

Al llegar a la pagoda se olía el incienso dejado en una ceremonia reciente. La guía nos llevó a los patios interiores para ver cómo vivían los monjes. La seguimos con recelo, parecía una intrusión indecente pero ella caminaba con seguridad y desenfado. Las habitaciones rodeaban un pequeño jardín. En una, un monje colgaba las túnicas anaranjadas de la ceremonia; en otra observamos los catres de madera cubiertos por estereras de paja; más allá una cocina de leña donde hervía alguna sopa.

Nos detuvimos en una pizarra que mencionaba el horario, a las tres y media de la mañana comenzaban los rezos, el resto del día se alternaba entre más rezos, trabajo, estudio y meditación. Dos jóvenes monjes vestidos en túnica de faena color gris claro cortaban unos jacintos en el jardín. Quizá para ellos era también la flor de la castidad, pensé al recordar las estatuas de San José que vi en mi niñez.

Un monje mayor salió y nos saludó con amabilidad demostrando que nuestra presencia no molestaba. Se respiraba paz, austeridad, sacrificio. En cierta forma estaban como el eunuco, castrados. El eunuco por la crueldad de otros, el monje budista por vocación religiosa, sin embargo, en ambos se veía dulzura y gentileza. Quizá hasta alegría. Una alegría muy contenida en todo caso.

Al regresar a nuestro polvoriento camino topamos con un joven monje que hablaba a una mujer sin mirarle a la cara. Ella estaba en cuclillas en actitud contrita. Su pértiga de bambú y las dos inmensas canastas reposaban al costado. Al sentir nuestra presencia ella levantó su cara iluminándonos con una franca sonrisa, algo nos ofreció de sus canastas, quizá alguna fruta. Le dijimos que no y seguimos nuestro

camino. Su rostro siguió conmigo, era tan bella..., no tendría más de treinta años, ¿qué conversarían?, ¿de qué la consolaría el monje?, ¿qué consejo le daría? Quizá sólo le preguntaba como le iba en la vida, y ¿cómo le iba a ir la vida a una campesina que no debería ganar más de treinta dólares al mes, sin derecho a cuidados sanitarios, ni vivienda adecuada ni pensión?

Mi mal adquirida malicia me hizo pensar que quizá el monje estaba enamorado de ella y que por eso evitaba mirarla. La tentación debía ser grande. Los pasos de regreso se hicieron pesados, ya no me detuve en ver los celajes del atardecer cayendo sobre el campo. Poco antes de llegar a la carretera oímos una voz que nos llamaba desde atrás. ¡Era ella!: la campesina que habíamos visto hablando con el monje. Venía trotando balanceando sobre el hombro su pértiga con las dos canastas colgadas a sus extremos, insistía en vendernos algo.

Nos paramos. Le pedí a la guía que tradujese que deseábamos tratar de cargar sus canastas un trecho, queríamos probar su peso, total sólo eran pocos metros hasta la carretera. La joven cargadora accedió de buen gusto. Al acercarme vi la sublimación de la belleza vietnamita: delicada, espigada como una fina palmera, sus dientes resplandecían dentro de una boquita jugosa, los ojos rasgados y sus delgadas cejas acrecentaban su presencia por la amplia frente que se defendía del sol con un típico sombrero cónico de paja. Mi corazón palpité con fuerza.

Elisabeth pidió probar primero, sus tres días a la semana en el gimnasio Class de Madrid le otorgaban cierto privilegio. Se puso la caña de bambú al hombro e intentó levantarla. Las canastas no se movieron del suelo. Intentó de nuevo ante la risa de la esbelta vietnamita y el resultado fue igual. ¡No lo puedo creer!, exclamó Elisabeth, ¡esto pesa mucho! En un nuevo intento la vietnamita se acercó y levantó la pértiga para ayudarla a ponérsela al hombro, fue un segundo, la carga volvió al suelo.

Ten cuidado con tu espalda, me recomendó Elisabeth al cederme su sitio. Hubiera preferido no hacerlo, sé que Elisabeth es fuerte y si ella no pudo..., pero me atreví no por las circunstancias ni el honor machista, lo hice por la bella vietnamita. Me puse la pértiga al hombro y templé la

carga, luego levanté el cuerpo sin utilizar el torso, sólo con las piernas, como recomiendan en Occidente los letreros de prevención de accidentes colocados en depósitos y almacenes. Pude apenas levantar las canastas, pero lo hice sonriendo mientras el dolor del hombro llegaba a mis riñones.

Déjame tomarte una foto, fue lo que se le ocurrió decir a Elisabeth cuando bajé la carga. Lo que menos esperaba era repetir la proeza. La vietnamita adivinó mi embarazo y reía a su gusto. La fina blusa de mangas largas revelaba de algún modo unos pechos pequeños pero duros como limones. Sin duda era nulípara. El amplio pantalón amarrado con una sogilla acentuaba un talle estrecho que apenas desbordaban sus caderas. Lo demás palpitaba dentro.

A ver, de nuevo, ya tengo lista la cámara, dijo Elisabeth. Y yo volví a sonreír forzosamente mientras levantaba el martirio. Me atreví hasta dar dos pasos. Al ver que mi gesto no engañaba a la vietnamita me rendí. Al dejar la carga baje la cabeza y miré sus pies: eran delicados, pequeños, el polvo del camino apenas si se le había pegado. Quedé sorprendido, eran pies de princesa no de campesina. La risa había acabado. Me acerqué a ella y haciendo un gesto de admiración y homenaje le cogí el brazo y se lo levanté como le hacen a los campeones de box. Era sólo un pretexto vil para sentir su carne. Tal como presentía sus músculos eran alargados, suaves. Tenían temperatura de mujer dispuesta, pensó mi descarriada imaginación. Engolosinado me atreví a palmearla, su erguida espalda era sólida y sensual a la vez. Creo que percibí sus costillas. Retiré la mano a llegar a cintura. El resto podía adivinarlo.

¿Cómo esa frágil y bella criatura podía cargar su peso o más y recorrer kilómetros? Mejor dicho, ¿por qué tenía que llevar carga tan pesada cuando su belleza y carácter la habían destinado a ser una princesa o reina, o simplemente una amante consentida y mimada? Deseé tener en mis manos el zapato perdido de la Cenicienta e hincarme en esa tierra rojiza y probárselo para comprobar ante la admiración de todos que le correspondía un trono y luego llevarla lejos de canastas, pértigas, zancudos, hambre.

Si todavía recuerdo a mi amigo, el viejo eunuco, ¿por qué esa
belleza vietnamita tenía que quedarse olvidada en un camino rojizo de
Hue?

Herbert Morote
Enero de 1998